

## EDUARDO GARNIER

---

### EL INFINITO

(EN EL MAR NEGRO)

Mudo, insondable, de misterios lleno,  
el Infinito azul rueda triunfante;  
la Tierra lleva cobijada al seno,  
como la madre al pequeñuelo infante.

La Tierra, con graciosa gallardía,  
lleva, al surcar la esfera luminosa,  
sin derramarla en su incesante vía,  
la copa verde en que la mar rebosa.

La mar lleva á la nave, que audaz vuela  
y abre camino á su arriesgado empeño;  
la nave, bajo de la hinchada vela,  
me lleva á mí sobre su frágil leño.

Ave errante, volando á la ventura,  
yo, que lejos de ti lloro proscrito,  
llevo en el corazón tu imagen pura,  
y hallo en ella otra vez el Infinito.

---

## CARLOS BAUDELAIRE

---

### ELEVACIÓN

Sobre valles, vergeles y praderas,  
sobre las escarpadas cordilleras,  
sobre los lagos, sobre el mar sonoro,  
sobre las nubes y los astros de oro,  
más allá de los límites del cielo,  
más allá de las últimas esferas,  
extiende audaz mi espíritu su vuelo.  
Y cual buen nadador, que sin recelo  
se abandona al vaivén que lo acaricia,  
surca tranquilamente  
la inmensidad con varonil delicia.

Alma mía doliente,  
deja detrás el corrompido ambiente;  
sube á purificarte á las alturas;  
bebe la luz, en ellas extendida,  
cual divino licor de linfas puras.  
¡Feliz aquel que, de la triste vida,  
de brumas siempre llena,  
con las alas del águila atrevida,  
logra volar á la región serena!  
¡Feliz quien su exaltado pensamiento  
todos los días, al brillar la aurora,  
eleva al firmamento,  
cual matinal alondra voladora,  
y al cernerse entre claros resplandores,  
comprende sin esfuerzos y sin dudas  
el misterioso idioma de las flores  
y de las cosas mudas!

## PAISAJE

Para componer mis églogas  
sin que las salpique el cieno,  
vivir de tejas arriba,  
como un astrólogo, quiero.  
Vecino de las campanas,  
escucho, como entre sueños,  
los sonoros y solemnes  
himnos que lanzan al viento.  
La barba hundida en las manos,  
desde mi ventana veo  
los talleres rumorosos,  
de coplas y charlas llenos,  
las erguidas chimeneas,  
los campanarios soberbios  
(que si París fuese un buque,  
sus mástiles fueran ellos),  
y allá arriba, en lo más alto,  
los ilimitados cielos,  
que á la eternidad remontan  
el medroso pensamiento.

¡Cuánto me agrada, al ocase,  
ver encenderse, á lo lejos,  
la lámpara en la guardilla,  
la estrella en el firmamento,  
y la luna, que derrama  
su luz, propicia al misterio!  
Veré aquí la primavera,  
el verano ardiente y seco;  
veré el otoño brumoso;

y cuando venga el invierno  
con sus monótonas nieves  
y sus despiadados hielos,  
puertas juntaré y ventanas,  
atrarcaré bien mi encierro,  
para elevar entre sombras  
mis alcázares quiméricos.  
Volveré á ver horizontes  
azulados y risueños;  
veré jardines floridos,  
veré surtidores frescos  
que lloran lluvia de lágrimas  
sobre el mármol blanco y terso;  
veré pájaros cantando  
día y noche; veré besos...  
cuanto el dulce idilio tiene  
de más pueril y más tierno.  
En vano el motín odioso  
hará temblar con su estruendo  
mis vidrieras; del pupitre  
no levantaré por eso  
la cabeza, ensimismado  
en los dulces embelesos  
de evocar la Primavera  
á medida del deseo,  
de hacer surgir en mi alma  
creadora un sol espléndido,  
y aspirar la tibia atmósfera  
de mis cálidos ensueños.

## EL ALBATROS

Algunas veces, por matar el tedio,  
los rudos navegantes  
cazan vivo un albatros, el coloso  
de las marinas aves,  
que con pausados vuelos, indolente  
compañero de viaje,

al bajel sigue cuando noche y día  
surca los anchos mares.

Sobre el puente lo arrojan mofadores,  
y aquel rey de los aires,  
amedrentado, trémulo, indeciso,  
convulso, claudicante,  
sus grandes alas blancas, que los vientos  
tan poderosas baten,  
flojas las tiende, y como sueltos remos,  
á un lado y otro caen.

¡Cuán torpe, cuán pesado, cuán grotesco,  
el volador gigante!  
¡Cuán cómico y ridículo parece,  
él, tan hermoso antes!  
Unos le acosan, le hurgan y golpean,  
otros el pico le abren,  
otros remedan sus andares toscos,  
riéndose y burlándose.

El poeta, en el mundo desterrado,  
fué siempre semejante  
al albatros, que ríe de las flechas  
y ama las tempestades.  
Perseguido, asediado, entre denuestos  
y sarcasmos y ultrajes,  
intenta en vano caminar: sus alas  
son demasiado grandes.

## LAS QUEJAS DE UN ICARO

Robustos, sin temor ni anhelo,  
los del amor sensual viles devotos;  
yo, que sólo estreché nubes del cielo,  
tengo los brazos rotos.

Gracias á aquellos astros abrasados  
que en él lanzan sus vivos arreboles,  
tan sólo ven mis ojos deslumbrados  
vagas sombras de soles.

Centro y confin á las etéreas salas  
 busqué en vano sin norte y sin sosiego;  
 vi un ojo ardiente, y abrasó mis alas  
 su mirada de fuego.

De la ideal belleza loco amante,  
 ni siquiera podré, cuando sucumba,  
 dar mi nombre al abismo horripilante  
 donde hallaré la tumba.

### DON JUAN EN LOS INFIERNOS

Don Juan desciende á la Laguna Estigia;  
 da el óbolo á Caronte, y en la barca  
 entra sereno. Un lúgubre mendigo  
 los toscos remos vengador agarra.

Desnudo el seno, desceñido el talle,  
 tropel convulso de mujeres pálidas  
 se retuerce en las sombras, y siniestra  
 acosa al Burlador su queja amarga.

Su salario le pide Sganarelo (1);  
 Don Luis, el hijo que manchó sus canas,  
 á los espectros que la barca siguen  
 con el índice trémulo señala.

Junto á su esposo pérfido, algún día  
 tierno galán, Elvira infortunada  
 aún á sus labios pide una sonrisa,  
 de aquel perdido amor última rátaga.

Rígido en su armadura, agigantado,  
 un hombre inmóvil, cual marmórea estatua,  
 de pie en la popa y al timón asido,  
 en la negra laguna el rumbo traza.

Y don Juan, mudo, altivo, displicente,  
 encorvado, apoyándose en la espada,  
 nada ve, nada mira, y en la estela  
 que deja el buque en pos, los ojos clava.

(1) Al lector, familiarizado con los personajes de nuestro *Don Juan Tenorio*, hemos de advertirle que Baudelaire se refiere, en esta poesía, al *Don Juan* de Molière, tal como lo pintó Delacroix en su famoso cuadro titulado *La barca de Don Juan*. El mendigo es el pobre á quien éste da limosna en la escena II del acto III; Sganarelo es el criado; D. Luis el padre; D.ª Elvira la esposa burlada, y el hombre armado el Comendador.

### EL ALMA DEL VINO

Así cantaba un día  
 el vino, en las botellas encerrado:  
 —«¡Oh mortal, infeliz desheredado!  
 Para aliviar tu mísero despojo,  
 lanzo un himno de amor y de alegría  
 en mi cárcel sombría  
 de vidrio verdinegro y lacre rojo.

»Yo sé cuántos afanes y sudores,  
 cuántos del sol ardientes resplandores  
 cuesta engendrar mi vida y darme un alma;  
 pero no temas, tus recelos calma:  
 no soy de los ingratos y traidores.  
 Es mi dicha abismarme en el gaznate  
 del hombre rudo, á quien labor penosa  
 tras cansado luchar rinde y abate.  
 Su fuerte pecho, que encendido late,  
 es para mi la tumba más gloriosa.

»¿No oyes el eco del domingo, lleno  
 de coplas y de danzas?  
 ¿No ves cómo palpitan en mi seno  
 todas las esperanzas?

Los codos en la mesa, arremangados  
 los brazos sosegados,  
 tú cantarás feliz mis alabanzas;  
 nuevas luces, ardientes é intranquilas,  
 verás de tu mujer en las pupilas;  
 fuego y vida en el pálido semblante  
 del hijo tuyo, atleta vacilante,  
 que el vigor agotado  
 recobrará por mí, como el cansado  
 antiguo luchador, que audaz volvía  
 al combate tremendo,  
 con aceite sagrado  
 los poderosos músculos ungiendo.

»Yo seré el grano, que la diestra pia  
 del Sembrador eterno vierte al suelo,  
 y de nuestros amores  
 risueña brotará, mirando al cielo,  
 la dulce Poesía,  
 como la más hermosa de las flores.»

## LA CASITA BLANCA

Jamás, jamás olvido  
 nuestro campestre nido,  
 nuestra casita blanca, muy pequeña,  
 pero muy apacible y muy risueña;  
 ni su Venus de yeso deslustrada  
 que entre verdes arbustos escondía  
 su desnudez ajada;  
 ni el sol, que al suave declinar del día,  
 á través de los vidrios parecía  
 ojo enorme del cielo esplendoroso,  
 que atisbaba curioso  
 nuestras largas comidas silenciosas,  
 derramando sus vivos resplandores  
 sobre el blanco mantel y las vistosas  
 cortinas de colores.

## EUGENIO MANUEL.

## CANCION DE MUERTE

(1870)

—¡Oh, padre! ¿Adónde vais?—Voy decidido  
 á defender la patria que idolatro.

—Tan santa obligación ya habéis cumplido.  
 La cumpliremos hoy, como es debido,  
 nosotros. ¡Somos tres!—¡Seremos cuatro!

\*  
\* \*

—Ha muerto con las armas en la mano  
 el menor, sin volver atrás los pies.  
 El triste hogar reclama al padre anciano.  
 ¡Marchad! Para vengar á nuestro hermano,  
 bastamos. ¡Somos dos!—¡Seremos tres!

\*  
\* \*

—¡El sacrificio es demasiado duro!  
 ¡Padre, marchad! No nos protege Dios.  
 Mi otro hermano murió; mas de seguro  
 los dos serán vengados: ¡Os lo juro!  
 Con uno bastará.—¡Seremos dos!

\*  
\* \*

—Murieron los tres hijos que tenía;  
 pero la patria, que salvar quería,  
 mi abnegación agradecida ve.  
 Yo, valeroso voluntario un día,  
 aunque solo ya estoy, los vengaré.